

# UN VERANO EN EL GARAJE

---

Era el verano de 2006. Tres amigos habíamos coincidido en pasar ese periodo en la capital del Principado.

Yo me llamo Héctor y mis amigos eran: Jose, que por entonces contaba (como yo) cerca de los 30, y Toni que era (con poco más de 20) el más joven de los tres.

Ninguno teníamos más obligación que pasarlo bien en aquel período, fuera de alguna que otra obligación académica.

Ese verano decidimos que no pasaría sin pena ni gloria (al menos para nosotros), a pesar de no poder pasar un tiempo de desconexión fuera de nuestro radio de acción habitual: Oviedo.

Toni tenía dos hermanos que habían montado recientemente un pequeño local de ensayo para su banda de rock. En realidad era un espacio en un antiguo garaje comunitario, en la zona de Pumarín.

En ese viejo y oscuro lugar, los hermanos de Toni habían instalado entre amplis, micros, instrumentos musicales y otra serie de artefactos conectados por un amasijo de cables, un pequeño rincón musical con un viejo lector de CD, un amplificador y un plato de vinilos baratejo.

Todo ello formaba su pequeño e íntimo lugar para escuchar música, inspirarse y ensayar.

A nosotros tres nos encantaba la música rock y eran cada vez menos los espacios donde disfrutar de ella en la ciudad. Los años de movida “indie” quedaban atrás y nuestro particular circuito de bares nocturnos iba desapareciendo poco a poco.

Cuando Toni nos contó lo que sus hermanos tenían entre manos (acompañando el relato con café, en el marco de una de nuestras tertulias “frikis”), a Jose y a mi se nos iluminó una bombilla al unísono: casi atropellándonos el uno al otro, pedimos a Toni que preguntase a sus hermanos si podíamos usar (cuando no lo hicieran ellos) su garaje para ir a escuchar música los tres.

La excusa era no molestar a los vecinos del que pusiera la casa para tal fin. Esa era la finalidad principal, pero había que sumarle poder quemar las horas de aquel verano sin el sentimiento colectivo de desperdiciarlas del todo.

Al día siguiente por la tarde, estábamos allí.

Y de esa guisa pasamos las tardes de final de Julio y todo Agosto de aquel año: entre CD´s, vinilos, pizzas y comida china que a veces encargábamos a domicilio (ante el asombro del repartidor de turno).

El verano de 2020 fué, si le buscamos un parecido, similar en cierto modo. Al menos el resultado, en lo musical, fué bastante común entre ambos.

En Abril de 2018 había sufrido una intervención quirúrgica en el tronco cerebral por causa de un cavernoma. Tenía poco más de 40 años, una mujer, dos hijas y secuelas neuronales que me producían algunos tipos de discapacidades físicas. La situación sí que era bien distinta.

Desde principios de año (mayormente) los medios de comunicación nos habían bombardeado a todos/as con la pandemia producida por el COVID-19. La situación se volvió muy preocupante para la familia como para todos los que nos rodeaban. El riesgo de sufrir algo indeseado rondaba nuestras puertas.

Entonces llegó el confinamiento: desde el gobierno central se nos pidió a todos/as los no calificados como “esenciales”, quedarnos en casa.

Tras un periodo en el que pudimos estar todos juntos, mi mujer tuvo que reincorporarse a su trabajo como fisioterapeuta privada.

En ese momento la situación dió un giro más. Estábamos solos: dos niñas de 3 y 5 años, yo y... mis limitaciones.

Mantener entretenidas a dos niñas tan pequeñas, sin poder salir de casa y que la fuente principal de su diversión no sea la “caja tonta” no es fácil, aunque mi mujer y yo no dudamos en marcarlo como uno de nuestros objetivos para aquel periodo que nos tocaba afrontar.

Los primeros días la novedad de la situación ayudó a la tarea y los entretenimientos aparecían por doquier. Poco después los problemas para encontrarlos se hicieron más evidentes.

Ahí es donde tuve un “flashback” y recordé aquel verano del 2006 junto al aprendizaje que pude sacar de tal experiencia.

Hacía tiempo ya, había montado un pequeño rincón musical en una habitación (que llamábamos “el despacho de papá”) siguiendo el montaje de aquel garaje: un lector de CD’s, un amplificador y un plato para vinilos.

Todo ello era nuevo a diferencia del conjunto que me había servido de patrón y todo interconectado por una mesa de mezclas de tres canales que había conseguido barata por internet. Esto último era cosecha mía.

Y en ese cuarto pasaba mis horas de tranquilidad cultivando mi pasión musical entre CD’s, vinilos, Spotify y Radio 3. Sesiones musicales que animaban mis tardes y me hacían recordar tiempos más “salvajes”.

Pensé que compartir mi afición con aquellas dos personitas podía resultar como entretenimiento, unión familiar y una vía de escape a la realidad que les había tocado vivir. Un rato de música “bailonga” también tenía que provocar actividad física en casa.

Egoístamente, tengo que reconocer, buscaba demostrar mis habilidades mediante una diversión compartida con cierto afán “culturizador” (en clase de música no te enseñan los álbumes de los Beatles ni te ponen el “Whole Lotta love” de Led Zeppelin).

Esa misma tarde puse en práctica aquel plan al que fui fiel durante semanas: después de comer veíamos un poco la tele y luego venía nuestro particular aquelarre musical casero.

Bien sabe Dios que me esforcé como nunca en mis sesiones musicales ante tan exigente público. Ni un DJ del festival de Benicassim habría trabajado más en sus pinchadas.

La experiencia resultó de un éxito abrumador. Aquellas tardes de Julio-Agosto instauramos nuestro particular “modo baile” sin duración definida, la diversión marcaba el paso.

Repasamos casi toda mi extensa discografía tocando varios géneros e incluyendo algún que otro “bis” por aclamación popular. Incluso aprendimos a seguir rítmicamente algún tema.

Todavía es el día de hoy que siento una sensación de orgullo que me recorre por dentro cuando sorprendo a alguna canturreando “Mi día favorito del mes...”.